

Relevo

Llegó para nuestro Ayuntamiento la hora del relevo. La voluntad popular la manifestó hace unas semanas y ahora, el domingo pasado, tuvo lugar el acto de protocolario.

Es un acto al que debería acudir mucho pueblo. ¿Por qué? Dejemos que flote en el aire la respuesta. Nosotros, los de la pluma, acudimos. Aquella mañana era mañana de descanso, y era propicia para presenciar el cese de quienes iban a descansar de la ardua tarea de seis años de concejal, a la vez que presenciar la toma de posesión de los nuevos.

La importancia del acto alcanzaba a todos. A los ciudadanos asistentes, también. Estos tenían, delante, a unos señores que dejando sus sillas para ir a sentarse junto al pueblo, revivían, una vez más, a aquel gobernador humilde de aquella insula. Luego, estaban los entrantes quienes iban a recoger y mejorar, si cabía, la herencia consistorial de sus antecesores. Aquella responsabilidad popular, la buena voluntad que empezaba junto a la que terminaba, bien dignas eran de ser escuchadas y reconocidas.

La hora del relevo sonó el domingo pasado en el Ayuntamiento, con clarines de auténtica ciudadanía, dándose, al mismo tiempo, la consigna entre los centinelas guardianes de aquella casa señera.

Una consigna en la cual se hallan comprendidos los anhelos ciudadanos de todos los guixolenses.

AVANCE

SAN FELIU DE GUIXOLS 6 DE FEBRERO 1958 - NÚM. 519 - AÑO XI

El saber de los unos y el de los otros



La otra manera de saber, y la más generalizada, es la del que sabe lo más importante de un hecho, de una ciencia, de un personaje. La del que conoce lo más esencial y sobresaliente, y excluye todo lo banal y secundario. Es el conocimiento de lo minimamente exigido como base para la obtención de un título o inicio de carrera universitaria, y que en menor grado posee toda persona que se ha procurado una cultura general.

Hoy en día ese cómputo de saber va siendo cada vez más indispensable. Aún para aquellas personas cuya profesión manual no precisa de tales conocimientos para un desempeño. La vida moderna impone al hombre un mínimo de nociones sobre todo cuanto abarca el humano saber. El agricultor, el albañil, el subalterno de cualquier oficio necesita enterarse de lo más trascendente ocurrido en el mundo en que vive, si quiere diferenciarse de los seres inferiores, es decir, si quiere que su paso por la vida sea algo más que un simple vegetar. Si no como profesional, como miembro de una comunidad a la que debe el usufructo de un inmenso caudal de comodidades y de derechos, políticos y morales.

No hace falta saber qué vestido llevaba Grace Kelly el día de su boda, ni cuántos toros lleva lidiados tal o cual torero de fama. No es necesario ser especialista en anecdotarios. Lo que importa saber es cómo, dónde y cuándo han ocurrido los grandes acontecimientos que han hecho posible el grado de civilización de que hoy disfrutamos. A quienes debemos los grandes avances científicos. Cúales son los grandes bienhechores de la Humanidad.

Este es el saber indispensable, el medianamente exigible para poder andar por la calle con la cabeza erguida. Tanto si ésta está asentada sobre un cuerpo cubierto con vestidos de raso, como si no tiene más

que un rústico sayal para tapar sus desnudeces.

Hay dos maneras de enterarse de las cosas. Dos maneras entre muchas, claro está.

Una de ellas es la de aquellos que conocen las cosas, los asuntos, hasta en sus nimios pormenores. Que captan sus detalles en su totalidad. Hasta los más insignificantes. La de quienes os dirán hablando de tal o cual hecho o suceso, cuando y donde se inició, qué personajes intervinieron, directamente o indirectamente, en él. Cómo se produjo, se desarrolló, y qué corolario zanjó finalmente el episodio, si se trata de algo pretérito. Así como os explicará de pe a pa su estado actual en el caso de que la cosa se encuentre aún en período de desarrollo.

Es el conocimiento total, exhaustivo, que no desperdicia indicio, por remoto que sea, si por uno u otro lado se relaciona con el centro de interés referido.

A decir verdad, no son muchas las personas que poseen este don congoscitivo, aunque sea sobre un solo tema en el cual se han especializado.

Porqué, naturalmente, sólo pueden obtener un dominio total, o casi, de cuanto concierne a una determinada rama del saber, o del anecdotario global de un personaje o acontecimiento histórico, aquellas personas que por su especialidad profesional o por una peculiarísima afición concentran la mayor parte de sus actividades hacia un tema único. Aun así, difícilmente llega nadie al pleno dominio de una materia. Los que lo logran son aquellos que en un determinado momento sobresalen de los demás y brillan como estrella de primera magnitud.

Algunos ejemplares de éstos hemos visto en los populares concursos radiofónicos titulados ¿Lo toma o lo deja? Personas que han contestado felizmente a las preguntas más peregrinas sobre una figura del cine o del toreo, y que por esta circunstancia han gozado por unos días de una popularidad que posiblemente nunca hubieran soñado.

Unos y otros forman parte de los llamados especialistas. Esos hombres que según definición del Dr. J. H. van Roijen «cada vez aprenden más y más sobre menos y menos, hasta que acaban por saber casi todo sobre casi nada».